I La Virgen María, Imagen y Madre de la Iglesia.[1]

Introducción.

El día 21 de noviembre de 1964, al terminar la III Sesión del Concilio Vaticano II, Pablo VI, durante la celebración de la misa, declaró a María santísima «Madre de la Iglesia, esto es, de todo el pueblo cristiano, tanto de fieles como de pastores, que la llaman Madre amorosísima». (AAS 56 (1965) p.1015). Este formulario contempla las múltiples relaciones que vinculan a la Iglesia con la santísima Virgen, pero sobre todo celebra la función maternal que santa María, según el beneplácito divino, ejerce en la Iglesia y en favor de la Iglesia.

Las oraciones consideran especialmente cuatro momentos de la historia de la salvación:

- la Encarnación del Verbo, en la cual, la santísima Virgen, al aceptar la Palabra del Padre «con limpio corazón, / mereció concebirla en su seno virginal, / y, al dar a luz a su Hijo, / preparó el nacimiento de la Iglesia» (Prefacio);

- la Pasión de Cristo: el Hijo único de Dios, en efecto, «clavado en la cruz, / proclamó como Madre nuestra / a santa María Virgen, Madre suya» (Oración colecta, cf. Prefacio, Antífona de comunión);

- la efusión del Espíritu Santo en el día de Pentecostés, cuando la Madre del Señor, «al unir sus oraciones a las de los discípulos, / se convirtió en el modelo de la Iglesia suplicante» (Prefacio);

- la Asunción de la Virgen: santa María, «desde su asunción a los cielos, / acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina, / y protege sus pasos hacia la patria celeste, / hasta la venida gloriosa del Señor» (Prefacio).

Liturgia de la Palabra.

a.- Génesis 3,9-15.20: Establezco hostilidades entre tu estirpe y la estirpe de la suya mujer.

b.- Salmo responsorial Judit 13, 18-19: R. Tú eres el orgullo de nuestra raza.

c.- Evangelio según S. Juan 19,25-27: Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre.

Comentario bíblico.

La primera lectura, nos sitúa en el paraíso terrenal, luego de la caída de Adán y Eva (cfr. Gn.3). El hombre nacido en estado de gracia, cae en la desobediencia, fruto de la soberbia, y entra en el camino del mal y del pecado; comienza la acción del hombre y la mujer, lejos de Dios. Aparece un personaje misterioso, la serpiente, que personifica al mal. Engañada por ésta, la mujer y el hombre desobedecen a

[1] Esta Introducción la tomo del Misal de la Virgen María I. Coeditores litúrgicos, Barcelona, 1987.

Dios, por su afán de conocer el Bien y el Mal, ser como dioses; se les abren los ojos, y se ven desnudos, se esconden, mientras oyen la voz de Dios que los llama (v.9); se acusan mutuamente (cfr. Gn.3,10-14), y Dios les impone una pena a cada uno, sin embargo, cuando se dirige a la mujer, sus palabras encierran una promesa de victoria: “Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: él te pisará la cabeza mientras acechas tú su calcañar.” (v. 15). Cubierta su desnudez, Dios los expulsa del paraíso (cfr. Gen.3, 24). La vergüenza, quiere reflejar el conflicto que se establece entre el hombre y Dios, entre el hombre y la mujer, pero también el del hombre y la naturaleza; al dato nuevo de la existencia del mal y el pecado, la pena o castigo, pero, sobre todo la esperada victoria sobre el mal. El estado paradisíaco del que es expulsado el hombre y la mujer, con la pérdida de los dones preternaturales, se añade, la esperanza de recuperarlos, un bien por alcanzar. En las palabras de castigo de Yahvé contra la serpiente, encontramos el primer anuncio de la salvación (v.15). Este texto, hace referencia a la enemistad perpetua entre la descendencia de la serpiente, el demonio y la mujer; entre su linaje y el de ella; la victoria se la llevará la mujer. Con el correr del tiempo de la salvación se irá configurando el rostro de esta mujer hasta llegar a María de Nazaret, Madre de Jesús. EL Hijo de la mujer, pisará la cabeza de la serpiente, victoria total y definitiva con su pasión, cruz, muerte y resurrección, sobre el pecado, la muerte y Satanás. La mujer, María, al ser concebida sin pecado original no tiene, ninguna relación con Satanás, ni con su obra tentadora que sedujo al hombre e introdujo el pecado, el mal y la muerte en el mundo (cfr. Jn. 12, 31). Mientras Eva es madre de todos los vivientes, María es la Madre espiritual de todos los redimidos por su Hijo en la Cruz, verdadero árbol de vida.

Este evangelio es propio del evangelista S. Juan. Texto enmarcado en la crucifixión de Jesús con un profundo contenido salvífico. Es la Hora de Jesús, su paso de este mundo al Padre (Jn.13,1). Destaca el evangelista, la presencia de mujeres que lo acompañaron durante su vida, ahora lo ven morir en la cruz (cfr. Mt. 27,56; Mc.15,40; Lc.23,49). Juan las pone “junto a la cruz de Jesús” (v.25), María, la Madre Dolorosa, María de Cleofás, y María Magdalena. La soldadesca, custodia los cuerpos y el lugar, para evitar revueltas, como eso podía durar su tiempo, estaban sentados (cfr. Mt. 27, 36). Pasado el tiempo y previendo que se avecinaba la hora del deceso, el centurión les habría permitido acercarse a los condenados (cfr. Mc.15,44-45). Minutos antes de expirar, Jesús, pensando en la soledad de su Madre, confía su cuidado a su discípulo amado Juan. Acto filial con hondo significado salvífico en que por cuatro veces el evangelista nos presenta a María como la madre de Jesús, la Mujer. La intención de Jesús va más allá de la relación familiar, y la presenta como la tiene una función mesiánica, personificación de la Hija de Sión, en el contexto de la Hora del Hijo (cfr. Jn.2,14). Jesús quiere mostrar la misión de su Madre dentro de la economía de salvación: si Eva es la mujer del comienzo junto a Adán, María la presenta Jesús, como la Mujer asociada al nuevo Adán, para ser la Madre de todos los que nacen al pie de la Cruz como nuevo pueblo de Dios. Se trata del testamento de la Cruz: la maternidad espiritual de María sobre

todos los que crean en su Hijo. Madre que da a luz un pueblo nuevo (cfr. Is. 66,7-8; Miq. 4,9-10). Estos nuevos títulos descubren en María, a la Madre espiritual del Génesis que, con dolor corredentor al pie de la Cruz, da a luz al pueblo nuevo de los redimidos, que acoge este don del Padre y del Hijo. Cuando el Hijo, pronunció estas palabras desde lo alto de la Cruz, la fe de María, alcanza su madurez, por lo tanto, comprendió perfectamente lo que en ellas se proclamaba, pero será con la luz y contenido de la Resurrección y Pentecostés en que alcanzan su plenitud, su significado, porque nace la Iglesia con la fuerza del Espíritu Santo. María se convierte así en Madre e imagen de la Iglesia. Como persona es la Madre de Jesús y al confiarnos a Ella, el Hijo la hace Madre de la Iglesia. Su maternidad respecto a Jesús se prolonga en una maternidad espiritual hacia los que creen en Cristo y hacia la comunidad eclesial. Y esta maternidad espiritual de María es imagen a su vez de la maternidad de la Iglesia que por el Bautismo engendra hijos para gloria de Dios. Juan acogió a María en su hogar, la Iglesia, es Madre de todos los redimidos. Madre Dolorosa, ruega por todas las madres cristianas que sufren por sus hijos, que mueren en forma violenta, se alejaron de Dios, están enfermos, etc., y por todos nosotros. Amén.

S. Teresa Benedicta de la Cruz, (Edith Stein), hija de Israel, insigne filósofa, conversa, cristiana, carmelita y mártir, escribió esta poesía con motivo de los ejercicios espirituales para su Profesión solemne el 21 de abril de 1938.

“Hoy he estado bajo la cruz contigo, / y he sentido tan claro como nunca/ que TÚ, bajo la cruz, en nuestra Madre te convertiste. ¡Cómo se preocupa una fiel madre terrena / de cumplir la última voluntad del hijo! / Nos conoces a todos: nuestras heridas, nuestras debilidades. / Conoces también el resplandor del Cielo, que el amor de tu Hijo/ quisiera derramar en nosotros en la eterna claridad. / Y así, cuidadosamente, guías nuestros pasos./ Ningún precio es demasiado alto para ti con tal de conducirnos a la meta.” (Poesía 13. Iuxta crucen tecum stare. Viernes Santo 1938).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad.

Página Web de la Parroquia Virgen del Carmen: www.carmelitasviña.cl.